

La muerte de un periódico

JAVIER GONZALEZ FERRARI

La democracia tiene la gran virtud de la pluralidad. En la democracia se pueden escuchar, con normalidad, todas las voces. Por eso, cuando una se apaga, hay que lamentarlo. Me refiero, claro está, a la desaparición —en extrañas circunstancias— del diario «El Independiente».

Y digo extrañas circunstancias porque entre la venta del periódico y su cierre apenas si ha mediado una semana. Eso hace pensar, naturalmente, en que hay gato encerrado y que

los «antiguos» propietarios vendieron con el propósito de quitarse de las manos la patata caliente. Miguel Durán, director general de la ONCE, propietaria hasta hace siete días del periódico ha dicho que se ha desprendido del diario por presiones externas. ¿Qué presiones, señor Durán? ¿De quién? ¿Por qué? Estas preguntas están sin contestar y es conveniente que los profesionales, sobre todo esos cien que pueden quedarse en la calle, sepan con quién se juegan los cuartos.

En los últimos años estamos asistiendo a movimientos especulativos en el mundo de la prensa escasamente edificantes. Se compran y se venden medios como si fueran acciones de Bolsa, sin tener en cuenta que se está jugando con profesionales, con personas.

Pero al margen de lo no explicado por parte de la ONCE, la realidad es que la libertad de expresión ha perdido una voz, y eso es malo. Malo porque los grandes intereses de los llamados multi-



media están ahogando a aquellos medios que intentan luchar en solitario. O los ahogan o, al menos, lo intentan. Cuando Durán habla de presiones externas podemos pensar, por ejemplo, en aquella maniobra que se desveló en determinada emisora de radio y en la que se ponía de manifiesto que existía, por parte de la ONCE, un proyecto más amplio que el actual en medios de comunicación. En definitiva que esto es la selva y el animal grande se come al chico.

La formación de los maestros, a debate

JOSE MARIA ROZADA MARTINEZ

El BOE publicó el 30 de octubre el real decreto por el que se establece el título universitario oficial de maestro en sus diversas especialidades señalando que en el plazo de tres años las universidades habrán de elaborar los correspondientes planes de estudios.

En su día la LOGSE estableció que el título de maestro tendría la consideración de diplomado, lo que supuso una gran derrota para quienes propugnábamos que este título debiera tener nivel de licenciatura, a la vez que quedó bien claro que la persistente invocación a la mejora de la calidad de la enseñanza era más una retórica que una finalidad real para cuya consecución se estuviese dispuesto a poner todos los medios necesarios.

Las directrices que ahora se dan a las universidades establecen siete títulos de maestro diferentes según las especialidades, relacionan las materias troncales que se han de cursar en cada especialidad, los créditos que corresponden a cada materia, así como las áreas de conocimiento a las que se vinculan éstas.

Así las cosas parece que el campo actual para el debate sobre cómo se han de formar los maestros ha quedado restringido a una mera cuestión de asignación de créditos a áreas de conocimiento, habilitándose por lo tanto como campo de batalla para las consiguientes luchas entre «clanes y padrinos» (por utilizar la terminología del denominado «Documento de los cien» sobre la Universidad). Seguramente sólo en estos términos se puede entender el intento de un sector de la Escuela Universitaria de Formación del Profesorado de EGB, de zanjar esta cuestión mediante la constitución de una serie de comisiones, que trabajando endogámicamente y en el tiempo record de poco más de una semana, se repartan (esta para ti, esta

para mí, esta para mí también) los créditos en litigio, o, lo que es lo mismo, las horas asignadas en el plan de estudios y todo lo que ello trae consigo.

Considero que la cuestión de la formación de los maestros debe ser objeto de un debate más amplio y más profundo que el que está planteado porque la Universidad debe fomentar la discusión sobre temas socialmente relevantes en lugar de sustraerlos al debate público.

Una de las características de nuestro tiempo es la escasa participación de los individuos en la gestión de los asuntos que les afectan, fenómeno éste propiciado por el creciente papel que se les adjudica a los expertos en la gestión de los problemas sociales y políticos, lo que está suponiendo una restricción de la democracia a sus aspectos puramente formales. De ahí que una Universidad comprometida con el desarrollo de la democracia (y esta es una finalidad a la que el Consejo Social debiera prestar una atención preferente), ha de esmerarse en equilibrar su papel de insti-

tución académica con el ineludible compromiso con la realidad social extraacadémica.

Sin duda alguna, la última palabra a la hora de tomar la decisión concreta acerca de las asignaturas en las que se puede descomponer una materia, o el área de conocimiento a la que corresponde esta o la otra asignatura, el perfil de las mismas, ~~o las horas~~ que se le adjudican en el plan de estudios, corresponde al profesorado implicado. Pero también sin duda alguna, el profesor necesita criterios para tomar esas decisiones en cuyo establecimiento debiera implicar a sectores de la sociedad interesados en el problema general de la formación de los maestros.

En la sociedad asturiana, aunque la inhibición es la nota dominante, se están dando actualmente debates interesantes acerca de cuestiones relativas a la educación. Un número nada desdeñable de personas pertenecientes a los campos del profesorado, orientadores, inspectores, equipos de apoyo, asesores de formación, responsables de

programas, consejeros de CEPs, sindicalistas, grupos de investigación, movimientos de renovación, asociaciones de padres, etcétera, como consecuencia de los últimos procesos de reforma promovidos por la Administración, desarrollan actividades en las que la formación del profesorado destaca como un tema central. Se trabaja sobre las diferentes maneras de concebir la profesión docente, sobre sus relaciones con la investigación educativa, con la innovación, o con la política. Sería muy lamentable que nuestra Universidad no fuese capaz de establecer ninguna conexión con esa realidad en un momento en el que se propone abordar la formación inicial de los maestros, hurtando toda participación a los sectores interesados en el tema mediante su restricción a una cuestión interna a dilucidar en apenas cuatro días.

Sugiero que, sin necesidad de agotar los tres años que ofrece el MEC para la configuración de los planes de estudios que conduzcan a los diversos títulos de maestro que acaban de crearse, se organicen una serie de actividades que permitan a la Universidad conectarse con su entorno en lo que respecta al tema de la formación de los maestros y, en general, del profesorado, cumpliendo así una función irrenunciable de institución dinamizadora de la vida social y política, y al mismo tiempo aprovechando las aportaciones que puedan realizarse desde fuera de ella, las cuales pueden ofrecer criterios racionales desligados de los estrechos intereses de centro, departamento, área, o simplemente personales, que ineludiblemente se ponen en juego cuando los problemas se reducen tanto como al parecer se quiere hacer en este caso.

José María Rozada Martínez es maestro, asesor de formación del MEC y profesor asociado del Departamento de Ciencias de la Educación de la Universidad de Oviedo.



Los más ricos del cementerio

LADRON DE GUEVARA

Se acaba de morir miserable hasta la médula de los huesos, y resulta que tenía ahorrados doscientos millones de pesetas. Se llamaba Dolores Domínguez Giz, tenía 78 años y vivía en La Coruña. Desde hace unas horas descansa eternamente, probablemente convertida en el cadáver más millonario de todos. Con su pan se lo coma.

Manía malsana de ahorrar, obsesión estúpida donde las haya, sobre todo en estos tiempos donde todo es tan efímero, sobre todo el poder adquisitivo de la peseta, hoy valiendo tanto y mañana la mitad. Y eso sin contar con la ganancia insaciable del Ministerio de Hacienda, capaz de cercenar cualquier capitalismo que no sea negro.

Nos pasamos la vida ahorrando y todo para nada, la mayoría de las ocasiones, para acceder a la propiedad de un piso a costa de dejarnos en el esfuerzo la salud mental y la otra en la perspectiva de poder disfrutarlo (si antes no nos hemos dejado los huesos en una carretera o se nos ha llevado por delante la angina de pecho), cuando a uno se le ha caído irremisiblemente el cabello, las ilusiones, el futuro y las ganas de seguir viviendo en semejante hogar.

Pero si los compradores de vivienda son los típicos ahorradores de un duro aquí y de otro allá (esa raza genuinamente hispánica que huye del inquilinato como de la peste) para terminar de pagar el piso a la vejez, hay otras gentes obsesionadas con hacer economías a base de comer poco y mal, y de no permitirse un lujo. Al final, como la paisana de La Coruña, acaso acaban teniendo doscientos millones de pesetas en el banco para uso y disfrute de Hacienda que será quien, al fin y a la postre, se pondrá las botas.

Hay que gastarse hasta el último duro, dilapidarlo, bebérselo mientras haya tiempo. Pero, sobre todo, cumplidos los setenta, y por si las moscas, lo único sensato que puede hacerse es mandar al diablo los regímenes, volver a fumar y a beber y, sobre todo, vivir al día como una moto no vaya a ser que se nos termine la cuerda de repente.

Lo de mirar la peseta rebasados los setenta; y aún antes, es jugar a la ruleta rusa.

